

TRIBUNA CULTURAL El autor recuerda en estas líneas al pintor recientemente fallecido y reclama una exposición antológica sobre su obra

Florentino Fernández de Retana



Exposición de Retana en García Castañón en 1959; aparecen Muruzábal (izda.) y Retana (dcha.) ARCHIVO MURUZÁBAL

José M^a Muruzábal del Solar

A través del obituario de *Diario de Navarra* nos hemos enterado del fallecimiento, en los sanfermines pasados, del pintor Retana. Su figura ha sido muy tradicional y querida en el ambiente pictórico navarro, dado que vivió entre nosotros desde 1948. Había nacido el año 1924 en Vitoria y los primeros veinticinco años de su vida los desarrolló en su Álava natal, donde dio los primeros pasos en el mundo del arte y de la pintura. Se formó en la Escuela de Artes y Oficios de dicha ciudad y en el taller de Adrián Aldecoa. Sus primeras exposiciones tienen lugar en Vitoria en los años cuarenta. Desarrolló también una larga lista de oficios que poco tenían que ver con el mundo del arte. En 1948 se asentó en Estella, contrayendo matrimonio con Carmen Lobo. En la ciudad del Ega residió durante más de 30 años, haciéndose su figura enormemente conocida y apreciada. En dicha ciudad adquirió la finca "El Pedregal", la cual formó parte inseparable de él y de su arte. Posteriormente se trasladó a Pamplona y a Barañain, donde residió los últimos años de su larga vida. Hay que considerarlo, sin duda, entre la extensa nómina de artistas navarros ya que vivió en esta Comunidad prácticamente setenta años. Y, además, recorrió incansablemente las tierras de su querida Navarra con sus pinceles, lo mismo que hizo por las diversas tierras de España, llegando con su obra y sus lienzos hasta París.

Lo conocí tempranamente por la amistad que mantuvo durante décadas con mi padre, José M^a Muruzábal del Val. Éste, regentando la sala de arte de García Castañón de Pamplona, desde su inauguración en 1955, le ayudó a montar sus primeras exposiciones en Pamplona. En los treinta años que mi padre dirigió las salas de arte de la CAMP, Retana expuso en 1959 - 1962 - 1963 - 1967 - 1970 - 1974 - 1976 - 1978 - 1981 en la célebre sala de García Castañón. Allí surgió una estrecha amistad entre las familias Retana y la familia Muruzábal, que nos hizo compartir muchas jornadas en Pamplona o en Estella. Y allí conocí y traté al pintor Retana y, especialmente, a su hijo Juan José. Florentino Retana fue un hombre bueno que vivió por y para la pintura, despreocupándose de otras cosas más mundanas. Sentía como pocos el arte y, especialmente, la expresividad del color. Todo ello lo lanzaba a borbotones, como lo demuestran las gruesas pinceladas sin fin, en sus cuadros y en el paisaje al que se enfrentaba diariamente. Fue un hombre rocerero, amigo de andar, hablar con la gente, alternar y, en definitiva, de vivir. Su forma de vestir, su gorra, sus gran-

des bigotes, su voz recia, le infundían un aspecto inconfundible y altivo, pero era, ante todo, un artista. Tenía, además, ese barniz especial de bohemio a la antigua usanza que lo hacía especial. Me reencontré con él en la exposición que montó en la Ciudadela de Pamplona para conmemorar los cincuenta años de su primera exposición pamplonesa. Y allí hablamos de los viejos tiempos, del pedregal, del arte y de la propia vida. Y continuaba lleno de vitalidad y de energía. Y seguiré recordándolo en los buenos cuadros de Retana que tiene nuestra colección familiar.

Seguramente, cuando los críticos de arte se enfrenten a la pintura de Retana comenzarán a hablar de una obra oscilante, de carencias en el dibujo o en la construcción de los temas, de sus, a veces, estridentes entonaciones, etc. Yo, por mi parte, creo que todo eso podrá ser verdad, pero no deja de ser una mera anécdota que la acaba teniendo la mayoría de los artistas. Y pienso así porque es necesario ir a lo que constituye la esencia de la pintura de Retana; esa esencia es la expresión de su sentimiento, de su mundo interior, cosa que hacía siempre a través de la expresividad del paisaje y del color. Eso constituye lo verdaderamente importante en este artista. De su interior salía ese sentimiento por el paisaje, por los campos y los pueblos, por la nieve, por su Estella querida. Y a su espíritu inquieto, y que amaba la vida con mayúsculas, no le interesaba en absoluto la pulcritud del dibujo, las correctas entonaciones o las mil anécdotas técnicas que terminan por matar la pintura de verdad. Su pintura era, en definitiva, la expresión de su alma. Retana era así, fuerza, vigor, sentimiento, inconformismo, sensibilidad, instinto... Y quien quiera ver otras cosas en la pintura de Florentino Retana va, ciertamente, por mal camino. El arte navarro de su época supo apreciar y admirar esa forma de ser y esa pintura. De esta manera, su extensa producción sigue colgada, con orgullo, en los hogares de esta tierra y en las colecciones de pintura navarra.

Esperamos que la familia de Retana, tan ligada al mundo del arte, sepa impulsar correctamente su obra. Sería muy bonito, y de auténtica justicia, poder disfrutar de una buena exposición antológica de su producción. Retana, sin duda, se lo merece sobradamente. Sabemos que esta Comunidad, y sus rectores culturales (con las debidas y limitadas excepciones), son muy poco dados a colaborar en ello. Y así nos suele ir... El arte y la cultura de Navarra tiene grandes deudas pendientes con muchos de sus artistas; esperamos que no la acabe teniendo también con el bueno de Retana.

José M^a Muruzábal del Solar es doctor en historia del arte y especialista en pintura navarra.